

Segunda Celestina

Feliciano de Silva



SEGUNDA CELESTINA

Feliciano de Silva

Editorial Gradiente 2014

Colección Máquina del Tiempo

Género: Tragicomedia, Picaresca.

Diseño colección: Alex Escalada

Imagen portada: «Maja y celestina al balcón», Francisco de Goya
(ca. 1810)

Cód: Gr-Ma-002

www.editorialgradiente.com



Feliciano de Silva

Ciudad Rodrigo, ca. 1491 - 24 de junio de 1554

Novelista y poeta español, obtuvo notable fama en la primera mitad del siglo XVI debido al alcance que tuvieron sus libros de caballería, continuación de la saga del "Amadís de Gaula", llegando a traducirse a varios idiomas europeos. A pesar de contar con el reconocimiento de su época, su recuerdo quedó empañado por los comentarios que Miguel de Cervantes vertió en su Don Quijote, achacando a la lectura de tales libros el hecho de que el ingenioso hidalgo llegase a perder el juicio. La crítica posterior tomó partido unánime por el menosprecio del estilo ampuloso y recargado de Silva, sin pararse a determinar los motivos y significados de las citas cervantinas, y desde luego sin acercarse al conocimiento de dichas obras. No fue hasta el siglo pasado que los estudiosos recayeron en el trabajo de Silva, restituyendo a éste parte del mérito literario que le corresponde.

De Feliciano de Silva dicen las malas lenguas (en particular, su rival Diego Hurtado de Mendoza), que "lo mas que ha corrido es de Ciudad Rodrigo a Valladolid", pero lo cierto es que Feliciano pasó parte de su juventud en Sevilla, y estuvo dos años al servicio del emperador Carlos V, durante los cuales pudo haber participado en algunas batallas. De su padre, Tristán de Silva, cronista del emperador, heredó el amor por las letras, que combinó al igual que su progenitor con tareas administrativas, ocupando varios cargos entre los que destaca el de Regidor de su ciudad natal, título que le fue concedido de forma vitalicia en 1523. De lo que no cabe duda es del apego a su tierra, pues en ella nació, se casó, tuvo descendencia, escribió todas sus novelas, y murió en 1554.

La Segunda comedia de Celestina expone un completo panorama social, y atesora una abundante riqueza expresiva. Nada tiene que ver en el argumento con su predecesora, ni es una continuación de la historia, aunque comparte elementos y personajes. Desarrolla una trama propia y bien elaborada, que en muchos casos supera a la primera en calidad, aun no pretendiendo competir con ella. Fue escrita alrededor de 1530 y publicada por primera vez en Medina del Campo, en 1534. Alcanzó cuatro reimpresiones antes de ser incluida en el índice de libros prohibidos por la Inquisición, en

1559 (Índice de Valdés). Es sin duda su obra más completa, escrita en su madurez creativa, y contando ya con numerosos seguidores.

Mucho se ha hablado y escrito de Silva a lo largo de la historia, pero quizás sin el rigor adecuado. Su más insigne valedor, su paisano Fernando Arrabal, le califica como "El mayor chivo expiatorio de la historia". El famoso pasaje "La razón de la sinrazón...", que se le atribuye en el primer capítulo del Quijote, ni siquiera es cierto, aunque no del todo infundado, pues requiebros semejantes se reproducen en varios parlamentos de su Celestina, así como en el tercer libro del Florisel de Niquea. Sin embargo estas intrincadas composiciones no eran ni mucho menos invención de Silva, sino un vicio corriente de la época, a cuyos lectores divertían sobre manera tales trabalenguas. Tampoco se podría asimilar esta práctica con el estilo de Silva, ya que éste no era el mismo en todas sus obras, ni en todos los pasajes, sino que utilizaba a su conveniencia diferentes recursos para construir su prosa, demostrando gran conocimiento y dominio del lenguaje. En el presente caso, ese enrevesado proceder le viene al pelo, tanto para envolver las aviesas intenciones de Celestina como para expresar las hondas pasiones de Felides, el enamorado, cuyos razonamientos no representan más que el viejo arte del engaño, y del hablar sin decir nada.

Pese al maltrato recibido por parte de sus detractores, Feliciano fue un hombre mundialmente conocido, pues sus libros fueron los primeros que llegaron a América, llegando a convertirse en las obras más leídas del Nuevo Mundo. Supo captar a la perfección los gustos y las preferencias de su tiempo, llevando la costumbre de la época de continuar obras de éxito hasta la invención de las grandes sagas, práctica que ha llegado hasta nuestros días. Nadie hasta el momento había conseguido dotar de suficiente calidad a una secuela, y sin embargo Silva supo dar a sus continuaciones entidad propia y sus obras se convirtieron a su vez en punto de partida de nuevas continuaciones que se extendieron por Europa. Hasta el mismo Miguel de Cervantes aprovechó en buena medida sus creaciones, mostrándose gran conocedor de sus novelas, y llevándolas a construir el imaginario central de la que es la obra más importante de la lengua castellana.

En esta edición nos hemos basado en la realizada en Venecia, por Stephano de Sabio, en 1536, cotejada con la versión digital que realizó la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, y la edición crítica de Consolación Baranda, en 1988, a partir de la edición de Medina del Campo de 1534. Esta última, que constituye la mejor aproximación a la obra, fue digitalizada por la Universidad Complutense de Madrid en 2012.

Fuentes:

Segunda Celestina, Edición crítica de Consolación Baranda, Madrid, 1988. Cátedra. ISBN 9788437607573.

The Invention of the Sequel: Expanding Prose Fiction in Early Modern Spain, William H. Hinrichs, Woodbridge, 2011. Tamesis Books. ISBN 978-1-85566-232-2.

Segunda Celestina, Feliciano de Silva, Biblioteca Virtual Cervantes. Alicante, 1999. CDU 821.134.2-2"15".

Segunda comedia de Celestina, Feliciano de Silva, Venecia 1535. Stephano da Sabio. Biblioteca Nacional Sig. B.N. R/15050-2.

Conferencia «La celestina olvidada de un Feliciano maldito», de Fernando Arrabal, en el Congreso Internacional «Mitos Universales de la Literatura Española», Nuevo Milenio, Bilbao, 12 de abril de 2000.

Carta proemial

(Presente en la primera edición de 1534)

Muchos de los antiguos escritores escribieron, muy excelente señor, y en diversas formas, para por diversas maneras poder aprovechar a los lectores. Entre los cuales autores, los cómicos y ordenadores de comedias, fueron muy acetos comúnmente a todos, y a mi ver es una buena manera de escribir, por que como ya los hombres tengan el gusto tan dañado para recibir las virtudes, trae mucho aparejo traer cubierto de oro de burlas y cosas apacibles, el acíbar que todos reciben en la verdad, en las cosas de que se puede sacar provecho, y de esta manera unos por forma satírica, como fue Juvenal, escribieron debajo de decir mal, reprehendiendo los vicios de sus mayores para poder mostrar la virtud, para vivir en ella los hombres debajo de tal estilo apacible. Otros escribieron tragedias, como escribió Séneca, para mostrar, en las caídas de los príncipes, el aviso para guardarse de los semejantes golpes de la fortuna. Otros representaban las comedias en los teatros, y las

dejaban por escrito, para comúnmente mostrar y sacar al natural, en tales representaciones, las burlas y engaños que ansí en los enamorados y sus criados suele haber, como parece por el Terencio y Plauto, y otros que escribieron comedias; y a mí paresciéndome que debajo deste estilo podría más hacer ver la virtud enjerida en tal representación, esta segunda comedia de Celestina escribí y a vuestra señoría la enderecé. Suplico a vuestra señoría que lo que en ella falta se supla en virtud de mi deseo, porque debajo de tal esfuerzo y con ayuda del favor que la obra rescibe de recibirla vuestra excelencia en servicio, quedará debajo de tal protestación la obra y el que la hizo, como los que hablan en la fe, poniéndose debajo de la corrección de la iglesia, como yo me pongo a la de vuestra señoría, protestando en tal fe vivir, y si fuere necesario morir, en todo lo que de su servicio para pagar mi obligación se ofresciere.

Dedicatoria de la edición de Venecia

(En sustitución de la Carta proemial)

Consueto fu sempre de scrittori Illustrissimo Signor anchora de compositor: e de cieschaduno in universale: quali desiderano: che so e /o/ aliene opere: in luce vengano: cosi cometterle ad Impressori: se principalmente gli Proponeno conveniente Intitulatione e felice directione secundo la subiecta materia rechiede ad effecto che armate de la authorita: e sublimita: de magnanimi Principi: piu sicurmente fugire possino la mordacita e detractione de maledici: che a le volte se sole usare assai iniquamente: e imperho ragionevole cosa mi /e/ aparso anzi cognosciuto ho (essere il debito mio grande) che facendo io imprimere la ingeniosa e docta resurrectione di Celestina: cosa nova: e delectevole: a me novamente da hispania sopravvenuta seguir deva Parimente le vestigie e cosi laudato costume de quelli: e cosi: doppoi il longo mio

discorso a quali deli Principi: a nostri tempi; qui in Italia meglio convenire: e piu grata essere potesse: tale mia directione. In vero non mi /e/ accaschato altro Principe in mente: dico di convenientia maggiore: e di piu existimatione: quanto ho audidicato Vostra Illustrissima Signoria accedendo la observantia: che io gli porto singularissima: e la Excellentia de le cumulate sue virtu: come veramente sono Regale in quella. Concludo adunche: che Vostra Signoria Illustrissima si voglia dignare per sua innata clementia e humanita: di abrazare: questa tale opera e resurrectione di Celestina: quale sotto il nome: e umbra soa ho publicato: e apresso communerare la persona mia sempre tra il numero de soi fideli: e buoni servitori di la quale non dubito non mancho satisfactione se potra pigliar di quello gli suole diletta altra lingua piu peculiare attento il dulce subiecto di essa opera: e a Vostra Signoria Illustrissima con tutto il cuore e humilmente mi arricomando e baso le mani. De venetia a XXV. di Zugno 1536.

Coplas de Pedro de Mercado,

corrector, en loor de la obra, y en que declara el autor della.

Si al tiempo presente memoria dexaron
los que en el passado fueron excelentes,
con hechos y dichos notables, prudentes,
con que la fama que oýmos cobraron;
si tal como aquestos que assý se
mostraron
hallamos algýn excelente varón,
ni quiere mi pluma ni manda razón
sino que gane lo que ellos ganaron.

Los que en el siglo passado se vieron
famosos por sciencia o por cavallería,
oýmos la fama que resplandecía
aunque no vimos lo que ellos hizieron;
assý que sabemos lo questos valieron,
su grande excelencia y mucho valor,

porque publican su alto loor
los que en escrito sus hechos pusieron.

Por donde esta obra tan maravillosa
no es justo que passe en desimulación,
pues vemos que mana de cada renglón
sentencia excelente y muy provechosa;
ni quiero que sea mi mano espaciosa
en declarar quién fue el inventor
desta tan clara y estraña labor,
tan llena de sciencia quanto es de
graciosa.

Si obra se halla de grande primor,
es cosa cierta tener ya por uso
loarlo por ella al que la compuso,
como en pintura loar el pintor.
Mas digo si fuere como éste el autor,
aunque en la obra se loe su sciencia,
su valor tiene tan gran preminencia
que ella por él rescibe el valor.

Pues siendo la obra tan buena por sí,
sin que tuviera autor qual parece,
ella por ella por sí lo meresce
todos loores juzgándola assí.
Assí que mirando resulta de aquí,
que siendo ella tal y tal el autor
de casa y de sabio, que es la mejor

que nunca se vio ni yo jamás vi.

Aqueste excellente tan buen cavallero
a quien de su casta sesmalta el saber,
la sciencia es esmalte del tal rosicler,
la casta el fino oro ques el verdadero.
De casa y linaje de silva erederero,
felice en las obras pues es Feliciano,
al qual yo suplico que mi torpe mano
perdone guiada por seso grossero.

Y mira, lector, con gran diligencia,
no passes liviano por esta gran obra,
pues lo que falta de grande le sobra
assí en el estilo y en buena sentencia;
y allende de ver su grande excelencia,
vieras el refrán complido y entero.
No en botea el saber la lança al guerrero
donde es la nobleza tan llena de sciencia.

I CENA

FELIDES, cavallero mancebo de clara sangre y rico, vencido de los amores de POLANDRIA, donzella muy clara de linaje y hermosura, se descubre a su criado SIGERIL; y le aconseja que mande a su moço, PANDULPHO, que trave pendencia con QUINCIA, moça de PALTRANA, madre de POLANDRIA; y el moço lo acepta. Introdúzense:

PANDULPHO - QUINCIA - ZAMBRÁN - BORUCA

FELIDES. ¡Ay de ti, Felides!, que ni la grandeza de tu corazón te pone el esfuerço, ni la sabiduría consejo, ni la riqueza esperança, para esperar en la razón que para amar tuviste, la que en tal razón se niega para esperar el remedio, por el merecimiento, valor y hermosura de mi señora; porque quanto por una parte pide la razón de amarse, por la otra niega, en la razón de tal servicio, la poca que para esperar remedio hay. ¡O mi señora Polandria!, quién pudiesse dezirte mi mal, con que con dezillo pudieses tú sacar dello que con las palabras de dezirse

se niega al comedimiento que a la poca esperanza de mi remedio se deve por tu parte, por parte de tu valor sin ningún precio, por mi parte para redimir la libertad que en él tengo perdida. ¡Ay de mí!, que la pena me manda dezir y la razón callar. El dolor publicar mi fatiga y el comedimiento que a tu valor se deve encubrilla. Tu hermosura pide lo que niega esperanza; razón della me demanda lo que niega tu valor; fe me esfuerça, tu merecer me desmaya, el pensamiento osa, el entender teme, la memoria me fatiga, la voluntad me congoxa, el desseo me engaña y el amor me esfuerça para más me quitar el esfuerço. ¡O amor, que no hay razón en que tu sinrazón no tenga mayor razón en sus contrarios! Y pues tú me niegas con tus sinrazones lo que en razón de tus leyes prometes, con la razón que yo tengo para amar a mi señora Polandria, para ponerte a ti y casarte con la razón que en ti contino falta, el consejo que tú niegas en mi mal quiero pedir a mi sabio y fiel criado Sigeril, podrá ser que, como libre de ti, pueda mejor dar consejo en el que a mí me falta. Por tanto quiérole llamar. ¡Sigeril, Sigeril!

SIGERIL. Señor.

FELIDES. Ven acá, que quiero pedirte lo que a mí me falta.

SIGERIL. Señor, bien librado estoy yo luego si, aguardando a tener de tus sobras el remedio de mis faltas, piensas tú que de mis faltas se hayan de cumplir las tuyas.

FELIDES. ¿Y qué faltas piensas tú que digo?

SIGERIL. Señor, de las que hazen falta en todo lo que, fuera de tenerlo, sobra en valor, linage, gracias y hermosura, que es el dinero; por el qual no hay falta que con él no se cobre, pues no hay tacha ni falta que la riqueza no supla, ni virtud, ni linage y saber que la pobreza no asconda.

FELIDES. No pone falta, Sigeril, lo que se puede comprar y vender, mas lo que, por faltar precio, no se puede comprar con precio, que es la voluntad.

SIGERIL. Muy engañado estás, señor, si piensas que haya ya voluntad que no se compre con dinero, pues el almoneda que de todo lo desta vida por él se haze te devría desengañar. ¿Quién vendió la república de Roma y su monarchía, sino éste? Según que jugara, el rey de Numidia lo dixo y

pronosticó en su torpe deliberación de Roma, quando dixo, mirándola de una cuesta: «¡O ciudad puesta en precio, si tuviesses comprador!», como quien por dinero había comprado su virtud y justicia. Assí que, señor, por el dinero se corrompió su virtud y vino en perdimiento su monarchía. Por éste todo anda al almoneda; ¿y para qué quieres más prueba, sino que el hijo de Dios se puso en precio y se vendió por treynta dineros?

FELIDES. ¡Ay Sigeril!, que el valor que me falta a mí, para que quiero pedirte consejo, como se ponga en precio pierde todo el que tiene, quedando con ninguno. Y por la misma razón, no se puede esperar por precio lo que con precio comprado se pierde el precio de su estimación, que es el valor de las mugeres, y más de tal muger como mi señora Polandria, donde sólo para pagar su precio queda por paga la vida, quedando yo sin ella y, con perdella, acrecentar ella más en el valor de su bondad, ante quien todo precio queda tan pobre quanto yo me siento en su acatamiento y presumpción y valer.

SIGERIL. Señor, la falta de la esperança te haze desesperar de lo en quien todo el mundo espera. Mas ¿no has tú oýdo un proverbio

muy antiguo que dize que quien dineros
tiene haze lo que quiere?

FELIDES. Si sé, mas ¿por qué dizes esso?

SIGERIL. Dígolo por lo que tengo dicho de lo
que con él se compra y se vende; y pues a ti
no te falta, no pongas falta en lo que, para tu
esperança, te sobra.

FELIDES. Ora ordena tú lo que te parece, que
yo ni tengo saber ni tengo consejo.

SIGERIL. Señor, lo que a mi me parece es que
en la sobra del desseo te fallece la esperança;
y no me maravillo, porque aunque tengas el
remedio te faltara en el contentamiento de
gozar, por donde no es mucho que falte en el
desseo de esperallo. Mas, lo que a mí me
parece es que su madre de Polandria tiene
una criada que sale al río y a la fuente,
llamada Quincia; parésceme que será bien a
un ruin echalle otro, que será a tu moço
despuelas, Pandulpho, hazer que la requiera
de amores y que procure alcançar parte della,
para que tú la tengas en el todo de
Polandria, echándola por tercera.

FELIDES. Muy bien me dizes, llámalo acá.

SIGERIL. ¡Pandulpho! ¡Pandulpho!

PANDULPHO. ¿Qué fue, que tanta priessa hay?

SIGERIL. Es que te llama nuestro amo.

PANDULPHO. ¿Quiere matar alguno, o para qué tiene necesidad de mí?

SIGERIL. ¡O, váleme Dios, con hombre tan fiero como éste!

PANDULPHO. ¿Qué dizes, Sigeril?

SIGERIL. Digo que no adevines tú lo que tu amo te ha de querer, sino que lo pongas por obra y vengas.

PANDULPHO. ¿Qué diablos me puede él a mí querer, fuera de andar a sus espuelas, si no es para apaleaer alguno, o cruzar la cara a alguna vellaca, o embiar a cenar con Jesuchristo algún vellaco que lo tiene enojado?

SIGERIL. Déxate destas bravezas y ven, que no es tiempo de passar tiempo en esso.

PANDULPHO. ¿Qué bravezas? Voto a la casa santa de Hyerusalem, mejor lo haré que lo digo; tú no me debes de conocer.

SIGERIL. Días ha ya que te tengo conocido.

PANDULPHO. ¿Qué dizes, qué estás hablando entre dientes?

SIGERIL. Digo que días ha que te tengo conocido por tal, y que agora quiero ver cómo hazes lo que nuestro amo te encomienda.

PANDULPHO. No sea cosa de pedirme consejo, sino de ponerlo en ejecución; y mándeme poner las manos del rey abaxo, que por la Verónica de Roma, que primero sea hecho que mandado; y aun al reyno sacara, si no fuera por no caer en mal caso.

SIGERIL. ¿Qué desmandarse haze este panfarrón!

PANDULPHO. ¿Qué dizes, o de qué te ríes?

SIGERIL. Ríome con que gastas más tiempo en dezir que en hazer, según son tus obras.

PANDULPHO. Di, ¿tú no conoces a Mostafás, el carnicero?

SIGERIL. Sí conosco, mas ¿para qué es agora esso?

PANDULPHO. Para que sepas lo que passé con él ayer en casa de Silea, la cantora.

SIGERIL. ¿Qué passaste?

PANDULPHO. Pregúntalo tú a Baravón, el moço de cavallos, que él te lo dirá, porque no es bien los hombres dezir sus cosas.

SIGERIL. Así es, porque la palabra divina lo niega que ninguno diga su gloria; mas dexémonos ora desso, que yo sé bien tu esfuerço y valor de persona.

PANDULPHO. No estés en esso, que veynte mugeres y rapazes que allí estavan no me pudieran tener, sino que me hallé con espada y él no tenía armas ningunas, y por esso me detuvieron de llegar a las manos con él sobre cierto juego sobre que huvimos palabras.

SIGERIL. Así lo creo yo, que por esso estavas tú tan fiero entre las ruecas.

PANDULPHO. ¿Qué dizes, qué me atajas?

SIGERIL. Digo que le quebraras las ruecas en la cabeça, pues que no tenía espada.

PANDULPHO. Bueno es esso; por Christo, no es más en mi mano, enojado, dexar de matar,

que puede dexar de morir el que me enoja, especial si es sobre caso de alguna mochacha.

SIGERIL. Ora ven, que basta lo dicho, que todos lo sabemos.

PANDULPHO. Mas, por tu vida, ¿sabías tú ya lo que passé con Mostafás?

SIGERIL. Sí sé y estava maravillado dello.

PANDULPHO. Luego, no debes de saber lo que antes había passado con el sacristán de San Martín, quando le rasgué toda la sobrepeliz y aun parte de la corocha, sobre el tomar del pan bendito; que no te maravillaras desso. Y a la verdad, no era tanto por el pan bendito como porque me parecía que mirava de mal ojo a mi mochacha, que estava en su parrochia.

SIGERIL. Hi, hi, hi.

PANDULPHO. ¿De qué te ríes? ¿Dizes que no es así?

SIGERIL. No, por Dios, que bien te conosco días ha, sino porque te pesasse que mirasse a tu mochacha, teniéndola tú a ganar dineros en la mancebía.

PANDULPHO. ¿Desso te espantas? Pues sabes que una cosa es ganar dineros, y otra es, fuera del lugar de ganallos, dezille de palabras ni de señas ninguna descortesía en mi presencia; porque quiero yo que delante de mí parezca una Santa Catalina y que todos me tengan en el acatimiento que me deven por mi persona.

SIGERIL. Ora basta, anda cá, que está nuestro amo esperando.

PANDULPHO. Ora vamos, mas di, por tu fe, ¿sabes qué me quiere?

SIGERIL. Allá lo sabrás.

PANDULPHO. Señor, ¿qué es lo que mandas?

FELIDES. Pandulpho, mi fiel criado, yo te quiero encomendar una cosa en que no me va menos que la vida.

PANDULPHO. Perder la mía es lo menos que por tu servicio tengo de hazer.

FELIDES. No me atajes, que bien conocida tengo tu voluntad; y para esto, yo querría que tú travasses pendencia.

PANDULPHO. ¿Qué pendencia, señor? Por los

misterios de la missa, con el rey la tome por tu servicio.

FELIDES. ¿Ya no te digo que no me atajes hasta el cabo?

PANDULPHO. Pues di presto con quién es la pendencia, para quitalle la vida en pago de tu enojo.

SIGERIL. ¡O, do al diablo este vellaco, si ha de acabar hoy con sus fieros?

FELIDES. ¿Qué dizes tú, Sigeril?

SIGERIL. Digo, señor, que es rezia cosa meter, hombre tan determinado y osado, consejo.

FELIDES. Ora, tornando a nuestra plática, la pendencia es de amores y no de armas.

PANDULPHO. ¿De amores, señor? Pues éstas son mis missas.

FELIDES. Pues el caso es que a mí me cumple que tú traves pendencia y procures tener amores con Quincia, criada de Paltrana, la viuda.

PANDULPHO. ¿Qué amores? No digo amores, mas si fuese menester, por el Corpus Domini,

de casa de su ama la saque arrastrando por los cabellos y te la trayga aquí.

FELIDES. Hi, hi, hi.

PANDULPHO. ¿De qué te ríes, señor? ¿Piensas que no lo haré mejor que lo digo?

FELIDES. No me río desso, sino que no quiero que la enojés, sino que la enamores para traella a mi propósito.

PANDULPHO. Mal sabes, señor, de achaque de trama; porque, si piensas que me adoran a mí las mugeres, sino porque sé dalles del pan y del palo, porque has de saber que quieren ser halagadas y castigadas.

SIGERIL. Al diablo el rufianazo vellaco, si piensa que está en el bordel hablando con Tripa en Braço y Montón de Oro y con otros tales vellacos.

FELIDES. Aquí no te demando que la castigues, sino que la regales y la enamores para que la tengamos contenta; que querría que me llevase cierta embaxada a Polandria, hija de su señora.

PANDULPHO. Ya, ya, por las reliquias de Roma, que te tengo entendido; ¡hideputa, y cómo es

bella y fresca la donzella! Déxame el cargo, señor, que en mi cuydado te puedes bien descuydar. Yo tomo el negocio a mi cargo, y voy a entender en poner por obra mi officio y tu mandamiento; porque yo más nascí por esto, cierto, que no para almoçar y servir de moço espuelas.

FELIDES. Ora ve con Dios, y pon mucha diligencia. ¡Qué panfarrón y fiero es este vellaco! Y, si viene a mano jamás deve de dezir cosa que sea verdad.

SIGERIL. Tal me parece él; mas todo es provallo, y quando él no aprovechare yo travaré pendencia con Poncia, donzella muy privada de Polandria, y fingiré de casarme con ella para más la poner en el juego. Y, en tanto, reposa tú, señor, que no has dormido esta noche, y yo yré a dar priessa a este panfarrón, no se vaya todo en fieros y palabras su hecho.

FELIDES. Ansí lo haz; y ve con Dios, y ciérrame esta puerta.

II CENA

PANDULPHO va a buscar a QUINCIA y la topa camino de la fuente, y la requiere de amores; y estando con ella llega ZAMBRÁN, negro de PALTRANA, y riñe con la moça y reprende a PANDULPHO, y él se escusa y se va. Después torna, y tornan a topar a BORUCA, negra, cuyo enamorado era ZAMBRÁN, y lleva encomiendas QUINCIA de BORUCA a ZAMBRÁN. Y entrodúzense:

PANDULPHO - QUINCIA - ZAMBRÁN - BORUCA

PANDULPHO. Agora quiero ver qué manera terné en lo que mi amo me ha encomendado, porque del dicho al falto hay muy gran rato, porque Paltrana tiene criados moços y locos que no dudarán más en matarme que en comer un pedaço de pan. Yo querríalo hazer a mi salvo porque, en fin, como dize el proverbio, mal ageno de pelo cuelga, y más vale que se alargue su pena que no que se acorte mi vida. Y más que yo no querría ninguna cosa llegar a efecto; baste que por mis palabras me tengan por valiente hombre, y no quiero con la esperiencia de las obras

desengañarlos. Mas también porque mi amo no me tenga en poco, porque todas las cosas más en estimación que en hecho consisten su valor, quiero yr a la fuente, y si topare a Quincia fuera de los límites de su casa dezirle dos parolas a manera de llevada, y como las tomare así procederé. Quiero tomar mi espada y mi capa y peñar mi hebra para parecerle mejor, que, a un salir a buen fin estos hechos, no sería mucho encantusarla de casa de su ama y hazerla iluminaria de una botica, donde me ganasse más provecho que mi amo me daría en estos diez años. Ora yo voy. Para el Corpus Domini, hela allí do va, quiérome llegar a ella y hablarle. Dios os salve, señora hermosa. ¿Soys muda, señora, o por qué no queréis hablar? Por el Corpus Domini, de hablaros por señas pues no entendéis por palabras. Bolveos, bolveos acá, mi ángel, despecho de la vida que bivo.

QUINCIA. Desvíate allá, ¡el diablo, el vellacazo que lo lleve!

PANDULPHO. Despecho de la vida, señora, ¿eras tan brava con el otro marido?

QUINCIA. Veréis vos el rufianazo, con qué se viene el desgraciado.

PANDULPHO. Señora, no seáis descortés con vuestros servidores.

QUINCIA. No seas tú malcriado, no será yo descortés. Veréys vos, mi hermano papienco, bendígamelos Dios, no lo hocen puercos. ¡Harracá mi necio!

PANDULPHO. No estés, señora mía, tan brava, buélvete acá.

QUINCIA. Desviáte allá, no seas malcriado, si no, por vida de mi señora, de te arrojar este cántaro a los ojos.

PANDULPHO. No pienso yo, señora, que seréys tan descortés.

QUINCIA. Por mi vida, si no estás quedo, que lo diga a tu amo más presto que te santígues. ¡Válgalo el diablo, si ha de estar quedo el asnejonazo, majadero!

PANDULPHO. Por nuestra dueña hermana, que para ser tan hermosa que no os hiziesse mal. un poco de más gracia.

QUINCIA. Veréis vos el desgraciado, con ésta me quieren a mí en mi casa, sin que te vaya a demandar prestada la tuya.

PANDULPHO. Por las reliquias de Meca, señora, que conmigo no estás muy graciosa, no sé la gracia que con otros tenéys. No sé por qué, que por Nuestra dueña, que no tienes otro mayor servidor que yo en este mundo. ¿Ríeste señora? ¡O, bendito sea Dios que te me dexó ver reír!

QUINCIA. Ríome de ver tu desgracia, que de desgraciado eres gracioso.

PANDULPHO. ¡O rostro hecho de flores! Por la Verónica de Jaén, que me tienes muerto; que te vi estotro día las piernas en el río, que me dejaron muerto de amores.

QUINCIA. Mira vos, tales quales ellas son con ellas me sostengo. Escucha, escucha.

ZAMBRÁN. Cantar, vaylar, Mohoma, no xaber guala, xeñora.

QUINCIA. Desvíate allá, amigo, que viene aquí Zambrán, el negro de mi casa, no te vea hablar conmigo.

PANDULPHO. Pues señora, ¿dasme licencia para que te dé esta noche una música?

QUINCIA. Haz lo que quisieres. ¡Cuytada de mí, que nos ha visto Zambrán!

PANDULPHO. Pues ¿a qué hora mandas, mi ojos? Di hora, di, mi alma, hora di, suplicotelo, mi corazón, presto.

QUINCIA. ¡Ay, Jesús, qué importuno eres!, Dios me libre de hombre tan pesado. Sea a las doze; y calla y desvíate allá.

ZAMBRÁN. Gentel homber, ¿qué querer vox, vox merxé, acallá vax, mas acollá venex con la mochacha de mi xeñora?

PANDULPHO. Hermano Zambrán, por el crucifixo de Burgos, cosa no le dezía, por vida tuya ni mía.

ZAMBRÁN. Jura a Dux, a mí entender, y no estar bona cortexía los hombrex de ben andar a lox oídox con las mochachax, a la fonte en amore conex, xoxacando la creada de mi xeñora.

PANDULPHO. Por Santa María, tal cosa no passa.

ZAMBRÁN. Andar allá; por Xanta Mareya, por Xanta Mareya, por Xanta Mareya, a mí no estar tan bovo como tú penxar, ¿tú penxar que no entender a mí ruyndadex?

PANDULPHO. Ven acá hermano, no hayas

enojo. Por el Corpus Domini, que no le dezía ninguna cosa ni descortesía.

ZAMBRÁN. ¿Qué Corpo Crexte, Corpo Crexte?; andar con el diablo. Tú andar, vielaca, no estar más aý, xi no, a mí dexter a mi xeñora.

QUINCIA. ¡Válalo el diablo, el búzano! ¿Yo qué le hago a él ni qué tengo que ver con estotro?

ZAMBRÁN. Andar a entender en hazer hazenda, y dexar de engrella mentox y poteronex.

QUINCIA. ¡Al diablo el escaravajo! ¿Havéys vos de tomar estas cuentas?

ZAMBRÁN. ¿Tú no querer andar?

PANDULPHO. Hermano Zambrán, callar por me hazer merced y no haver enojo, que voto al Antichristo, si te enojo, de no la hablar en mi vida.

ZAMBRÁN. Andar, xeñor, voxa merxé, que yo no tener conta contigo. Xi tú quier extar hombre de ben, a mí querer xer leal a mi xeñora; que no parecer ben foxte acá ne foxte acullá con la moça, quextar bova y no mirar a xu honrra.

PANDULPHO. Ora calla, hermano, que yo soy tu amigo.

ZAMBRÁN. Y a mí tuyo, por Xanta Mareya. Mas mirar, xenor, voxa merxé. No parexer ben extax coxillas, extos xesecretos camino de la fonte. No iurara Dux, ¿para qué es xino dezir verdá?

PANDULPHO. Ora, hijo Zambrán, yo me voy, y queda con Dios; que por Nuestra Dama, no te enoje más que a mí.

ZAMBRÁN. Andar con Dux, señor, voxa mercé.

PANDULPHO. A un diablo me hauviera de traer hoy acá, si no fuera por mi cordurra. Díerame aqieste puto negro una porrada, con que me dexara tendido en el suelo; a muchos peligros destes daré yo al diablo los amores. Mas por eso hago yo como sabio, que me voy a mis passatiempos, a essa mancebía, por apartarme destes peligros, y por eso dizen que buey manso bien se lame. Mas, como quiera que sea, ya no puedo cumplir con mi honrra sin dalle esta noche la música, mas yo yré tan acompañado con los criados de mi amo, con que sea seguro que no sea la música de responso para me enterrar; y si viniere algún peligro, como mis

compañeros presumen de honrra, entre tanto que se desembuelven los que vinieren dellos, tomaré yo las viñas y ponerme en salvo. Que más vale que digan aquí huyó Pandulpho, que no que digan aquí murió el malogrado de Pandulpho; que no me parió mi madre para cevo de buytrera de los amores de Polandria, que tales me van pareciendo, si mi seso no templara la yra de Zambrán. Mas quiero ponerme a la puerta de la ciudad y esperar a que torne Quincia y dezille algo de camino, porque no me tenga por covarde en haver suffrido tanto a Zambrán. Hela aquí donde viene. Hermana, por la cruz de Caravaca, que tuvo en ti buen padrino Zambrán, que, si no por enojarte, no estuvo en más de embialle a cenar con Jesuchristo, que, por el Corpus Domini, tres vezes tuve puesta la mano en el espada.

QUINCIA. Por tu vida, amigo, que te dexes destes passos, que es un vellaco y dezillo ha a mi señora; y como es un atochado, no me maravillo sino cómo no nos mató allí.

PANDULPHO. Por Dios, que esso es lo que yo ando a buscar.

QUINCIA. ¿Qué dizes?

PANDULPHO. Digo que, por Dios, si tal cosa pensasse, que yo le buscasse y el menor pedaço fuesse la oreja; mas desso se guardará él bien, de me enojar. Y tú, mi vida, no seas tan rigurosa conmigo.

QUINCIA. ¡Ay, por Dios!, no tornes a essas cosas, que no soy déssas que tú piensas.

PANDULPHO. ¡O perla de oro, qué sabia eres! No querría sino deshazerte a besos essa boquita.

QUINCIA. Bien librada estaría yo, por Dios; ¿y con qué comería si me deshiziesses la boca?

PANDULPHO. Hi, hi, hi. Por las reliquias de Roma, sabia eres y traydora; tú eres la que yo ando a buscar para mi condición, que quantas palabras echas por essa boca, todas me parecen que me derriten un panal de miel en la mía.

QUINCIA. Ora vete con Dios, que llegamos cerca de mi casa, no torne Zambrán a toparnos, no sea el diablo.

PANDULPHO. Señora de mis entrañas, por tu vida, que si tornare, que me perdones; que no será en mi mano dexar de matalle o, a lo

menos, cortalle un brazo o una pierna.

QUINCIA. ¡Ay, por Dios, no hagas tal cosa!, que sería echarme a mí a perder, pues no era más menester para no osar tornar yo más a casa de mi señora.

PANDULPHO. Amores de mi alma, ¿haviate a ti de faltar casa y casas donde estuvieses a tu honrra?

QUINCIA. ¡Nunca Dios me trayga a tal tiempo! Y vete ya por Dios, que viene aquí Boruca, la negra de Astibón, que lo dirá a Zambrán que es mucho su enamorado.

PANDULPHO. Ora pues, los ángeles vayan contigo, que la música será cierta esta noche.

QUINCIA. Y a ti guarde, gentil hombre. ¿A dónde andar Boruca?

BORUCA. Acá andar, voxa merxé, a la fonte por agua; ¿tú venir, voxa merxé, de allá?

QUINCIA. Boruca, hermana, ¿venir mandar algo para Zambrán?

BORUCA. Ha, ha, ha.

QUINCIA. ¿De qué reýr Boruca?

BORUCA. Extar mucho me namorado Zambrán.

QUINCIA. Por esso mejor.

BORUCA. Dar al diablo xeñora, que extar muy viliaco, que aremeter a mí extotro día, a querer baxar como un perro.

QUINCIA. ¿Y tú hazer?

BORUCA. Para Xantar Marea, voxa merxé, a fogir y meter en casa de mi xenor.

QUINCIA. Ora, Boruca, hermana, yo me voy. Andar con Dux.

BORUCA. Dux andar contigo, hermana. Encomendarme a Zambrán, que guala estar bon hejo, aunque travexo y veliaco.

PANDULPHO. Ora yo voy a contar cómo dexo la moça más mansa, que ésta yo la doy por alcançada. Y quiero concertar la música con estos criados de mi amo, para que sea de suerte que me tengan por hombre de bien y la dexen muerta de amores, que tiempo es ya de entender en ella si se ha de dar.

III CENA

SIGERIL vee venir alegre a PANDULPHO y preguntale de qué, y dize cómo tiene concertado de dar música esa noche a QUINCIA, y conciertan ambos de la dar con los otros criados de FELIDES. Y entrodúzense:

SIGERIL - PANDULPHO

SIGERIL. Aquí viene Pandulpho; alegre viene, buen recaudo devemos de tener. ¿Qué gozo es éste, hermano?

PANDULPHO. Es que voto a la reverborada, que dexo la mochacha casi mía, puesto que a los principios la hallé algo dura de cerviz, más supe tan bien enlavialla y dezille tales parolas, que la dexo como una marta. Mas ayna huvieran de costar caro los amores.

SIGERIL. ¿Cómo esso, me di?

PANDULPHO. ¿Cómo?, que pensé que dexara cevo para buytrera destes amores, en que se cevaran los buytres y cuervos en la carne de Zambrán, el negro de casa de Paltrana, si con

la razón no refrenara los primeros movimientos, según el humo me subió a las narices; que, voto a la casa de Meca, aunque diez escudillas de mostaza hubiera comido, más humo no tuviera.

SIGERIL. Bueno fuera eso para destruyr el negocio de nuestro amo; pues ¿cómo se atajó esa brega o por qué fue?

PANDULPHO. Fue porque me topó hablando con Quincia y començó de hazer fieros; y atajóse, que como me vio enojado tornó como una marta; y la mucha paciencia suya fue parte para templar la poca mía.

SIGERIL. Pues no has de hazer eso en estos casos, que es destruir la negociación.

PANDULPHO. Hermano, voto a tal, no es más en mi mano dexar de matar a uno si me enoja, que dexar de comer para bivar.

SIGERIL. ¡Al diablo, este panfarrón encomiendo al diablo! ¡La verdad deve dezeir en quanto dize que passa! Más valiera no havelle metido en esto, que toda la cosa se ha de yr en humo y fieros, y como azogue no ha de quedar nada en el crisol.

PANDULPHO. ¿Qué estás rezando, Sigeril?

SIGERIL. Rezo por las almas de los que te enojaran y que nos guarde Dios de tal pestilencia, y a Zambrán, para que no sea causa de la muerte de nuestro amo Felides. Y no sea todo palabras, sepamos lo que tenemos en obra.

PANDULPHO. No burles tú, que yo de veras hablo. Mas lo que queda acordado es que yo le dé música esta noche a las onze, como me mandó; y, según lo que passé con el negro, temo no haya dado mandado a los criados de Paltrana. Y quisiera yr acompañado, si no fuese por parecer que los tengo en algo y que nuestro temor donde no lo hay ni puede haver.

SIGERIL. No, que para eso todos yremos contigo y a recaudo, para si algo fuere.

PANDULPHO. Sí, mas ha de ser con condición que si algo succede que me dexes a mí solo con ellos, para que parezca que fuistes por vuestro plazer y no por mi temor.

SIGERIL. ¡O encomiendo al diablo hombre tan fiero!

PANDULPHO. ¿Qué dizes?

SIGERIL. Digo que es bien, que así se hará. Mas ¿cómo piensas que será bien dar la música?

PANDULPHO. Yo, con mi guytarra, y Canarín, el pajezico, cantará, que tiene la boz en el cielo, y Corniel, moço despuelas, mi compañero, hará el ruyseñor, que es gloria vérselo hazer, y tú tañerás los cascaveles, y Barañón, moço de cavallos, tañerá el cántaro. Mira si tengo pensada música con que enamore a los ángeles, y mucha copla, y mucha cosa y regozijos, que hagamos de plazer morir la mochacha.

SIGERIL. Por Nuestra Dueña, que lo tienes bien pensado. Pues yo tomo el cargo de se lo mandar de parte de Felides, porque lo hagan con más voluntad.

PANDULPHO. Pues assí se haga, y con tu cuydado me descuydo hasta que sea hora de ir, ya que acostado nuestro amo.

IV CENA

PANDULPHO pregunta si están a punto los que han de dar la música y, todo aparejado, vanla a dar; y dándola, viene el alguazil y huye PANDULPHO, y después torna desimulando y riñe con CANARÍN, pajezico; y tornados a casa, torna azechar y oye cómo QUINCIA y POLANDRIA burlan de su huyda. Y entrodúzense:

PANDULPHO - SIGERIL - CORNIEL - BARAÑÓN -
CANARÍN - QUINCIA - POLANDRIA

PANDULPHO. Hermano Sigeril, ¿está ya acostado nostro amo?

SIGERIL. Sí está.

PANDULPHO. Pues hora me parece para yr. ¡A, Corniel, hermano!, ¿está el ruyseñor a punto?

CORNIEL. Sí está, y aquí Barañón con su cántaro.

SIGERIL. Pues he aquí los cascaveles, que por mí no ha de quedar.

PANDULPHO. ¿Lleváys todos vuestras guabras y rodanchos?, porque si repicaren, ya me entendéys.

BARAÑÓN. Todo va a punto.

PANDULPHO. Escucha, que da el reloj. Las onze da. Buena hora es; sus, vamos. Mas bien será que nos concertemos aquí y digamos una copla.

SIGERIL. Bien es, por tanto toca tú la guitarra.

PANDULPHO. Mal haya el puerco que me vendió esta prima, que no es la mejor del mundo; mas así passará. Ora tocá, y di tú, Canarín, una copla.

CANARÍN. Levantaos mi corazón,
 levantaos la madrugada,
 y oýd en esta alborada
 lo que os dize mi pasión.

SIGERIL. Por Nuestra Dueña, cosa real es oýr la boz deste rapaz y la melodía que haze el ruyseñor.

PANDULPHO. Y la guitarra ¿qué tacha tiene?

BARAÑÓN. ¡Boto a mares!, no hay qué pedir, que si la moça no es bova, por las ventanas

abaxo pienso que se ha de echar por nosotros.

CANARÍN. No se gaste en palabras; vamos donde havemos de yr.

PANDULPHO. Canarín, por vida de Dios, que digas otra copla, que no es sino gloria oírte.

CANARÍN. ¿Para qué es eso? Juro a Sant Juan que me enronqueça, que no pueda después cantar.

SIGERIL. Bien dize; vamos donde havemos de yr y déxate desso, que allá te hartarás de tañer y cantar.

PANDULPHO. Ora vamos. Por aquí vamos mejor, porque no topemos con el alguazil, no haga algún desvarío con que la música se torne en responsos.

CANARÍN. ¡Maldito sea hombre tan fanfarrón! y si viene a mano el primero que tome calças de Villadiego será él.

SIGERIL. Eso jura tú a Dios; mas calleemos ya, que si nos oye no acabaremos esta noche con fieros. Ya llegamos, pongámosnos aquí en baxo destas ventanas. Ora, sus, comença a tañer, y bien pausado; ora, sus, Canarín, la

boz en el cielo:

CANARÍN. Levanta, levanta aýna
mi señora y mis amores,
más linda que clavellina
y más hermosa que flores.

BARAÑÓN. Encomiendo a Dios tan buena
copla.

SIGERIL. Calla, no le estorves.

PANDULPHO. Di, perla preciosa, que esso me
contenta.

CANARÍN. Levantaos por el huerto
y paraos a la ventana,
y verme heys sin cosa sana
por vuestros amores muerto.
O, rostro hecho de rosas,
el más lindo que yo vi,
clavellina entre hermosas,
haya manzilla de mí.

PANDULPHO. Voto a la casa santa, que me
espanta este rapaz. El diablo le mostró tales
dichos.

BARAÑÓN. Hideputa el diablo, y qué sentidos
que son.

SIGERIL. Dexalde; ora, vaya adelante, que me parece que veo tocados a la ventana puestos.

PANDULPHO. Por la Verónica de Jaén, que dizes verdad. ¡Ora, ora Canarín, haze maravillas!

QUINCIA. ¡O señora mía Polandria, qué gloria es oír aquel rapaz! Llégate, llégate acá y verás qué maravillas dize: por aquella boca, que no es sino gloria oýlle.

POLANDRIA. Ora calla, que ya comienza a cantar.

CANARÍN. O ángel que a mi alborada
estás y hecha de flores,
remedia ya mis dolores,
mi alma, esta madrugada.

PANDULPHO. Dote al diablo, rapaz, que cosa más a propósito no pudieras cantar; ve adelante, que por Nuestra Dueña, que se ríen de gozo en oírte.

CANARÍN. O señora y mis entrañas,
tu vida y mi corazón,
remedia ya mi pasión
y mis penas tan estrañas.
Remedia ya mis passiones

y mi mal, fuerte y cruel,
tú, más dulce que la miel
ni que nuezes ni piñones.

QUINCIA. Señora, estas trobas me parecen a mí como açucar, que no las retólicas que la otra noche nos dezían los cantores del Infante, a un son que ni entendía lo uno ni lo otro.

POLANDRIA. Assí lo creo yo, que no era para la boca del asno la miel.

QUINCIA. Señora, por te hazer a ti sabia dizes esso, que por mi vida, que tampoco lo entendías tú.

POLANDRIA. Anda, loca, ¿no lo havía de entender. Tú por tu coraçón juzgas el ageno.

QUINCIA. Señora, no sé, pardiós, esto me parece a mí como perlas; que no parece sino que habla aquella guitarra y que estamos en el alameda del río, según contrahaze aquél el ruyseñor.

POLANDRIA. Ora calla, que la boz del mochacho es lo mejor, si cantase cosa sentida.

QUINCIA. Señora, ¿y cosas más sentidas se pueden dezir?

POLANDRIA. Hi, hi, hi; ora calla, que torna ya a cantar.

CANARÍN. La guitarra y ruyseñor,
y el cántaro y cascavelles,
mi alma, dizen que veles
y que oyas al tu amor.

PANDULPHO. Dote a Dios, rapaz, ¿dónde hallas esos primores? Por la cruz de Caravaca, si bive este rapaz, que ha de ser gran glosador.

SIGERIL. Calla, no le vayas a la mano.

CANARÍN. La prima tengo quebrada,
la tercera y el bordón,
y tú no estás enhadada,
mi alma, en darme pasión.

QUINCIA. Señora, ¿no tiene gracia aquel niño en lo que dize? Óyale ora, señora, que no es sino gloria oýrle.

POLANDRIA. Ora calla, que sí oyo.

CANARÍN. Con vuestra merced, mi vida,
rosa fresca del rosal,
que la noche haze frida
tárdome y dizenme mal.

SIGERIL. Ora una deshecha, y poco y bueno, y no mucho y malo.

CANARÍN. Señora, pues quiso Dios hazeros hecha de flores, no me desagáis de amores.

QUINCIA. ¡Landra!, y qué cantarzico tan salado, ¿no es muy gentil, señora?

POLANDRIA. Calla, y oyamos la buelta.

CANARÍN. Hízoos Dios y tan gentil, y a mí por vos desdichado, hízoos Dios el mes de abril, y a mí el agosto agostado. Véome todo agenado viendo a vos hecha de flores y a mí deshecho de amores.

SIGERIL. ¡Válame Dios!, ¿y qué ruydo de armas es esto que aquí viene?

PANDULPHO. No es tiempo de aguardar, mas de poner pies en polvorosa, que con la buelta no echarán de ver en mí. Ya que estoy en salvo, quiero bolver acechar en qué paró el negocio. Quiérome un poco sossegar, que no me alcança huelgo a huelgo con la priessa que he tenido, y dexaré aquí, tras estas

pedras, ascondida la guitarra y el espada y el broquel, porque si fuere el alguazil no me lo tome y, passo a passo, veré lo que ha sido de mis compañeros. ¡Malogrados dellos si son ya muertos, y qué buenos mancebos eran! Ora yo torno a acechar y, si algo fuere, tornaré más descargado para huyr, y, si no, diré que vine a defender que no les tomassen las espaldas por estotra calle. Ora yo voy, que ya no oyo ruydo.

SIGERIL. ¿Quién es?

ALGUAZIL. Mas ¿quién soys vos?

SIGERIL. ¿Quién es?

ALGUAZIL. Mas ¿quién soys vos?

SIGERIL. ¿Quién soys vos que lo demandáis?

ALGUAZIL. Soy el alguazil.

SIGERIL. ¡O señor!, perdona, que, por Dios, pensamos que eras otro.

ALGUAZIL. ¿Traéis armas? Dadlas acá, y la guitarra que tañíades; que a tal ora no es bien andar dando músicas en lugar sospechoso.

SIGERIL. Señor, no nos debes de conocer, que hazernos has toda cortesía por cuyos somos.

ALGUAZIL. ¿Y quién soys?

SIGERIL. Somos criados de Felides, y soy Sigeril, hijo de su ama.

ALGUAZIL. Perdona, señor Sigeril, que no te conocía. Por ser cuyos soys andad con Dios, y no hagáis más estos alborotos; que si otros fuérades, por vida del rey, desarmados fueran a la cárcel.

SIGERIL. Téngotelo en merced, señor, y si mandas que te acompañemos...

ALGUAZIL. No, sino que os vays luego, por amor de mí; y quedad con Dios.

PANDULPHO. En paz está ya la cosa, quiero tornar, quiçá poderé dissimular que no falté; no puede ser, que ya me han visto, quiero hablalles. ¿Qué es esto, hermanos?, que pensé que nos tomavan las espaldas y fuy a proveer en tal peligro.

SIGERIL. Pues ¿a dó dexaste la espada y la guitarra?

PANDULPHO. Como vi que no había con quién

pelear, y oý que acá eran pazes, dexélo escondido, porque si por ventura fuesse la justicia no haver brego con ella, por lo que tú dixiste, que no convenía a los amores de nuestro amo ningún escándalo.

CANARÍN. Hi, hi, hi.

PANDULPHO. ¿De qué te ríes, rapaz?

CANARÍN. De la diligencia que pusiste en yr a proveer en esso, que parecía que no ponías los pies en el suelo.

PANDULPHO. ¡Al diablo el rapazejo malcriado!, pues ¿havía de yr despacio? Por Nuestra Dueña, si os tomo por una pierna, si no os acibarro en aquella pared porque estés mofando.

CANARÍN. Verés vos, el panfarrón. ¡Ay, ay, ay, hideputa, vellaco!, ¿havéisme vos a mí de dar? Soñólo el puto de vuestro linaje; vos juro a la mi fe que yo lo diga a Felides. ¿Por qué me havés vos, don rufianazo, de llegar la mano ni dar bofetón? Para mí tenés vos, don panfarrón, manos, y para los que ciñen espada pies.

SIGERIL. Quítate allá Pandulpho, ¿no has

empacho de tomarte con esse niño?

PANDULPHO. Pues, ¿hase de igualar él, siendo rapaz, con un hombre barvado?

CANARÍN. ¡El diablo me lleve si no os descalabro, don vellacazo, porque me des vos a mí!

SIGERIL. Quítale, quítale la piedra, Barañón.

BARAÑÓN. Déxala rapaz, si no, darte he de bofetones.

CANARÍN. Agradecedlo vos a Barañón, que para ésta, que yo os hiziera una pitera en essa cabeça.

PANDULPHO. Yos voto a la casa santa, don rapaz, si no fuera por los padrinos, que yo os diera qué moflir.

CANARÍN. ¡Calla ya, malaventurado, con tus girmanías!

PANDULPHO. Señor Sigeril, hazé que calle esse rapaz, si no, por estas barbas, que me havéis de perdonar.

CANARÍN. Verés vos, ¿y por qué tengo de callar?

SIGERIL. Calla ya pues, tú, rapaz, que no te has de ygualar con un hombre.

CORNIEL. Por Nuestra Dueña, pues que no es bien que un muchacho se iguale con un hombre de barbas.

SIGERIL. Calla ya tú; que juro por Dios, que si Felides sabe que le llegaste las manos, que haya tanto enojo que de cosa más lo pueda haver.

PANDULPHO. Hermano Sigeril, castíguelo él, y no sea malcriado; y si mucho enojo huviere no faltará quien me dé de comer, ni a él quien le sirva, que yo no soy hombre que tengo de sufrir cosa contra mi honrra.

SIGERIL. Ora baste esto, que es tarde, y vámonos acostar. Y tú, Canarín, no hayas enojo, que tú tuviste la culpa; y calla por mi amor.

PANDULPHO. ¿Ves?, aquí dexé entre estas piedras el espada y la guitarra, porque veáys si tenía intención de huyr; que si huyera no había de dexar perder mi hazienda.

SIGERIL. Ora baste, que ansí se cree de ti. Y vamos y entremos passo, que duerme

nuestro amo; no despierte.

PANDULPHO. Agora que quedo solo, quiero yr a casa de mi puta, a pedille cuenta de lo que ha hoy ganado; como voy enojado podrá ser, si no la da tal, que descargue en ella el nublado. Y quiérome yr por casa de Paltrana, quiçá estará Quincia a la ventana, y haré de un tiro dos cuchilladas. Hablando está, quiero llegar passo.

QUINCIA. Señora, dexando una razón por otra, ¿tú no viste qué huyr llevaba uno de los de la música quando sintió el alguazil?

POLANDRIA. Pues ¿tú no has oýdo que el huyr no es correr, sino bolar?

PANDULPHO. Noramala acá vine, ¡cuytadas de orejas que tal oyen! No de balde dize el proverbio que quien escucha de su mal oye.

QUINCIA. ¡Hideputa, qué gran covarde devía ser aquél! No devía de ser él Pandulpho, criado de Felides, que, assí goze yo, el más fiero hombre es que hay en toda esta cibdad; que estotro día le oý dezir, que si no fuera por cierta persona, que matara a Zambrán o le cortara un braço o una pierna, a mejor librar; que con una furia lo dezía que las

barbas henchía de la saliva, con la braveza que lo decía.

PANDULPHO. Bueno va esto, en buena possessión estoy tenido con Quincia; plázeme, que terné poco que hazer en abonarme con ella.

POLANDRIA. Muy engañada bives en esso, que todos los panfarrones tienen esso, que todo su hecho es palabras. ¿No conociste a Gandulfo, moço despuelas de mi padre, que era otro tal en sus fieros y no havía liebre más covarde en el mundo quéél?

PANDULPHO. Guayas de mí, con esse abono digo que medraré yo.

POLANDRIA. Quanto más, que por mi vida, que creo que no era otro el que huyó, sino él.

PANDULPHO. Peor está que estava, noramala acá vine esta noche.

QUINCIA. ¿Cómo, señora?

POLANDRIA. Di, el que huyó, ¿no era el que tañía la guitarra?

QUINCIA. No, era otro.

POLANDRIA. Pues, por vida de mi señora, que me pareció él.

PANDULPHO. Bien está, pues dize que le pareció, porque ningún testigo no haze fe si no depone afirmando.

QUINCIA. Mas ¡qué donayre sería si fuese él!

POLANDRIA. Mayor sería si no fuese él quien venía allí, que mejor lo pudiesse hazer.

QUINCIA. Quanto si él es, échese sus fieros y bravezas a cuestras.

POLANDRIA. Andacá, vamos acostar, que poco nos va que sea él que otro.

QUINCIA. Señora, vamos.

PANDULPHO. Ora, yo quedo bien librado desta noche; en Palana havrán de quebrar estos enojos, si no me da buena cuenta. Quiero yr allá, que no me faltarán excusas y mentiras para con Quincia, si supiere que fui yo el que huý.

V CENA

PANDULPHO, acabada la música, va a pedir cuenta a su ramera, PALANA, y allegan a reñir y después a hazer pazes. Y introdúzense:

PANDULPHO - PALANA

PANDULPHO. Ta, ta, ta.

PALANA. ¿Quién está aý?

PANDULPHO. Abre allá, pesar de tal, que vengo dado al enemigo.

PALANA. Encomiendo al diablo este desuellacaras, con algún achaque deve él de venir agora; duelos tenemos.

PANDULPHO. ¿Has de abrir allá, o tienes algún gayón que me ha tomado la posada?

PALANA. Aguarda que ya voy.

PANDULPHO. Abre, pues. Pesar de la vida que bivo con esta borracha, si ha de abrir esta noche.

PALANA. ¿Qué diablos havéis, que tan rifador venís?

PANDULPHO. ¡Pesa a la casa de Meca con la bagasa, si me ha de pedir la cuenta! Creo que por no dar la que te tengo de demandar me la estás tú ya pidiendo.

PALANA. Y aun de aý nasce la tosse a la gallina. Desventurada de mí, que quanto afano y trabajo para sostener mi honrra me ha de robar este desuellacaras.

PANDULPHO. ¿Qué estáis rezando, dueña? Pues no apañe yo un látigo para hazeros rezar bien de verdad.

PALANA. Digo que después que venís harto de andar en vuestras puterías, por donde os pagáis, venís a descargar en mí el enojo. ¡Desdichada de mí, que tengo yo de pagar vuestros dessabrimientos!

PANDULPHO. No llores, amores, despecho de la vida, que, dándome tú lo que es razón, no tengo de tratarte más que a mis ojos.

PALANA. ¿Y qué os tengo de dar más de lo que os tengo dado, que soy vuestra esclava?

PANDULPHO. Y aun con esso reniego yo, dama.

Déxate dessas roncerías y dame lo que has ganado, y no quiebre el enojo que trayo en ti.

PALANA. ¿Y qué enojos son éstos?

PANDULPHO. Es que topé con cinco o seis vellacos y no sé qué me hizieron; y como me enojaron, tomaron las viñas y no aguardaron a que quebrasse en ellos mi yra. Y quería que no fueses tú causa de pagar lo que ellos me quedaron a dever.

PALANA. Dexaos dessas rufianerías, galán, que no tengo yo toda mi vida de ser vuestra esclava. Pensé, en buena fe, que me vengariades la iniuria que tengo recebida a vuestra causa, por teneros yo a vos.

PANDULPHO. ¡O, despecho de la vida que vivo!, ¿y quién te ha enojado? Pues no será sabido, quando, voto a la casa santa de Hierusalén, a palos le muela, por no apocar mi espada en matalle a espaldarazos. Y si es muger, voto a la Verónica de Jaén de te poner las narizes en tus manos, porque sepan que te han de tener en lo que por mí te deven.

PALANA. ¿Para qué son esos fieros, Pandulpho? ¿Pensáis que con ellos me havéis

de hazer pago? Mirá, si queréis que os lo diga, yo soy muger de bien, y hablar claro Dios lo mandó; no tengo yo de ganar y travajar para vos, si vos no havés de tomar a mis cosas, y me han a mí maltratar, y tengo de buscar quien me vengue.

PANDULPHO. ¡O, reniego de los moros, con la puta! Estoyle diziendo que me diga quién la ha enojado para dalle mil muertes en lugar de una, y estáme trayendo garavatos, por no me dar la cuenta de lo que hoy ha ganado.

PALANA. ¿Vos no lo sabéis?, ¿para qué me preguntáis?

PANDULPHO. ¿Y qué sé?

PALANA. ¿No sabés cuál me paró Botafes, el rufián de Azcarena, porque havíamos havido palabras? ¿Yo no lo dixé a vos?, ¿para qué os hazéis de nuevas?, ¿qué es lo que havéis hecho?

PANDULPHO. Que son borrachas. Ven acá, mala muger, que me estás afrontando. ¿Tú no me dixiste que te havía dicho Canarín, el pajezico de mi amo, que havían avisado a la justitia cómo andava a buscar a Botafes para lo despachar, y que andavan por te prender a

ti y a mí, y que por eso acordamos, entre ti y mí, de dissimular por algún tiempo?

PALANA. Andaos daý con vuestros fieros y rufinerías, que eso todo lo ordistes vos con los criados de vuestro amo. Que si vos no lo dexérades, ¿de dónde ellos ni la justicia lo havían de saber?

PANDULPHO. Pese a la vida que bivo, que no quería yo puta tan sabia como ésta; entendido ha la guadramaña.

PALANA. ¿Qué dizes entre dientes, o qué estás rezando, que no tentiendo?

PANDULPHO. Digo que no hay tan mala muger en el mundo como tú, ni más sospechosa; voto al sepulcro no santo; mañana le hazer que el mayor pedaço sea la oreja, porque, en fin, yo sé que estoy fletado para la horca, no me da más hoy que mañana, y yo te contentaré porque no me andes con esos doblezes. Yo soy contigo como un ángel y tú andas conmigo con dos hazes.

PALANA. No lo digo por tanto, mas para que sepáis que no me mamo los dedos, que a cabo de treynta años que ando en la mancebía algo havía de haver aprendido.

PANDULPHO. Y aun pese a tal porque has aprendido tanto.

PALANA. ¿Qué dizes?

PANDULPHO. Digo, hermana, que me mandes dar dinero, porque habiendo de hazer lo que tengo acordado por tu servicio, que es matar a Botafes mañana y cruzar la cara a su puta, ya sabes que para andar por yglesias y monesterios, a sombra de tejados, que no se puede hazer la bolsa vazía.

PALANA. Mal año para ti, don rufianazo, que no me sacarás más de lo que me has sacado, con esos fieros y mentiras.

PANDULPHO. ¿Dizes, vida, que te parece bien?

PALANA. No digo sino que no lo mates agora, que al presente no me hallo con dinero para tan gran costa como éssa.

PANDULPHO. Por Nostra Dueña, ya no te aprovecha, que no quiero que me digas otra vez lo que me dexiste, por todo el mundo, que yo tengo de hazer lo que digo y tú me has de dar quanto tienes; porque, a lo menos, si la justicia viniere a secrestarte los bienes, que no los halle para nuestros males, que

donde fuere la persona mejor yrá la hazienda.

PALANA. Buen estilo toma el vellaco cuero para robarme; pues, por Nuestra Dueña, que yo te haga que te salga el sueño del perro.

PANDULPHO. ¿Qué dizes?

PALANA. Digo que no tengo blanca ni la puedo ganar.

PANDULPHO. ¿No? Pues dame acá tus ropas para que las empeñe esta noche o las ponga a recaudo, para que mañana a estas oras, yo juro a Mahoma, que yo tenga un real puesto sobre mí en la yglesia o monesterio donde me acogeré.

PALANA. Déxate, amores míos, dessas parolas, que no te quiero yo tan mal que te quería ver puesto en essas afrentas por mí.

PANDULPHO. Ya ni en tu mano ni en la mía no es; que lo que una vez determino todo el mundo no lo estorvará. Saca las ropas priado, si no, yré yo por ellas.

PALANA. Por cierto, no yrás.

PANDULPHO. ¿No las quieres traer? Pues yo las

tomo.

PALANA. Dexa, amigo, mis sayas, que no me las distes tú.

PANDULPHO. Desvíate allá, no quiebre en ti el enojo que tengo.

PALANA. Déxate de esos fieros, que no son para mí, que ya sé cuántas son cinco; a quien cierne y amassa no le hurtes hogaça.

PANDULPHO. Déxame, si no, juro a tal de te hazer un juego que sea sonado en todo el reyno. ¿No quieres? ¡Pese, ora, a tal con la puta, si me ha de dexar!

PALANA. ¡Justicia, justicia, que me roban y me matan en mi casa!

PANDULPHO. ¿Tú no quieres callar? Boto a tal, si no callas, que te embie con nuevas a los infiernos.

PALANA. Pues dexa tú mis ropas, amigo, que sí callaré; que ya sabes que honrra me quedará para ganar para ti y mí; que yo te daré dos reales, que por tu vida, mi alma, que no he ganado hoy más.

PANDULPHO. Pues ¿cómo quieres tú que con

tan poco dinero me ponga yo a tal peligro?

PALANA. Que no quiero por agora que te pongas en nada, hasta que yo tenga con qué te hazer bien la barba.

PANDULPHO. Ora pues, después no te quexes; y dame acá esse cayre que dizes que tienes al presente para una camisa que me haze menester; y vamos acostar, y después no te quexes que no vengo tus injurias.

PALANA. Ora, que no quexaré; mas la camisa ¿paréscete que es bien que la pague yo, para que te vayas tú a la fuente a requebrar con la moça de Paltrana?

PANDULPHO. Calla ya, amores míos; voto a tal, todo el mundo no estimo en tanto como una paja para contigo. Mas, ¿quién te lo dixo?

PALANA. Por mi fe, que me lo dixo el negro de su casa, que ha estado aquí conmigo toda esta tarde y aun parte de la noche.

PANDULPHO. Yo te voto a la casa santa que él me lo pague, porque no venga con estas parlerías; creo que quedó enojado de mí porque le traté mal de palabras allá en la fuente, y pensando que me enojaba me

levantó eso para malmeterme contigo.

PALANA. Dalo al diablo, amigo, que no me da nada; mas no querría que lo que yo gano y trabajo para ti lo gastasses con otras.

PANDULPHO. Desso puedes tú estar segura. Y vamos, amores míos, acostar, que es ya tarde, y acabarse han los nublados de las quisiones y haremos las amistades, que no hay mejor concertador ni tercero para las renzillas de los enamorados que la cama.

PALANA. Vamos, entrañas mías; y, en quanto pudiéremos, démonos a plazer y dexemos los enojos.

¿Te está gustando este libro?

Puedes encontrar este y muchos otros [aquí](#).

